

Imagen de Muriel Spark

La literatura inglesa contemporánea se conoce poco aquí. La vocación culturalista encuentra más fácilmente en Francia sus objetos. La novela francesa, planteada experimentalmente, lo mismo que las producciones de larga tirada y vasto público, dispone de canales que, en virtud de una información literaria totalmente volcada hacia el país vecino, nunca se ciegan. Ello oscurece para nuestros ojos todo lo que acontece en otras partes.

Así quizá haya que explicar nuestro desconocimiento de la intensa actividad literaria británica. Poco dirá, en efecto, a los lectores españoles —por poner un ejemplo a la mano— el nombre de Muriel Spark a pesar de que una de sus mejores novelas, «Las señoritas de escasos medios», haya sido ya traducida hace algunos años. Otra de sus obras, tal vez la de superior calidad, acaba de aparecer en Barcelona. La ha editado Lumen en su colección «Palabra en el tiempo» y se titula «La imagen pública».

Muriel Spark, escocesa de mil novecientos dieciocho, empezó a escribir en los años cincuenta y ya tiene en su haber once títulos y una calurosa acogida por parte de su público. Sirviéndose de una capacidad para la sátira muy poco corriente, la Spark ha realizado, a través de su obra, una seria vivisección de la sociedad inglesa de hoy. «La imagen pública» se inscribe en esta empresa, pero tiene un mayor alcance: la Spark utiliza todos sus recursos para abundar psicológicamente en la descripción de la protagonista de su novela, una actriz cinematográfica, dueña de una aparentemente insulsa mentalidad que logra, sin embargo, fabricarse una fuerte personalidad en los debates de la contradicción que vive con su marido. En «La imagen pública» no encontraremos un estilo nuevo, un planteamiento original ni ninguna clase de experimentalismo. Es una novela académicamente relatada, al margen de cualquier aventura formal. Pero posee

una indiscutible calidad por su penetración, hondura e interés, y porque está narrada con una gran fuerza. ■ R.

ARTE

Estos días no son los más indicados para las exposiciones. Y son mucho menos indicados para los comentarios a las exposiciones. Estos días, la mayor parte de la gente interesada por esas cosas suele tomarse unas vacaciones primaverales. El visitante habitual de exposiciones, si puede, se lanza a un pequeño viaje por el interior del país. Redescubrir España es buena actividad para estos días. Ya hablaré de Baltasar Lobo, nuestro escultor de París, cuando tengamos un clima más propicio. Hoy me doy tregua a mí mismo para comentar esa actividad redescubridora de los días iniciales de la Primavera.

Andar por España

España... ¿es diferente? Ese «slogan» —un poco ridículo, todo hay que decirlo— en el mejor de los casos no le sirve a aquellas personas para las que yo quisiera que fuese válido mi comentario de hoy: a los españoles. Porque, sí, España es diferente del Congo y del Polo Sur, lo cual es tan obvio que ni siquiera hay que remarcarlo. España, sí, es diferente también, por ejemplo, de Francia. ¿Pero por qué? Aquí entran en juego una serie de factores diferenciales, de entre los cuales algunos son virtudes, pero muchos de ellos son defectos, de los cuales no hay por qué jactarse tan olímpicamente...

Además, España no es tan diferente de lo que la mayor parte de los españoles pensamos que es. Los españoles pensamos que el pasado más o menos esplendoroso de este



LA LARGA LUCHA DE ARTHUR ADAMOV

Arthur Adamov ha elegido su muerte como eligió su vida, con una familiaridad conmovedora, con ese tipo de ingenuidad que caracteriza a los personajes más trágicos de Dostoievski. Quizá porque era de origen ruso-armenio, Adamov anduvo errante por París durante años, sin aceptar que el mundo no se pareciera a sus sueños.

En Saint-Germain-des-Prés, en la encrucijada del Odeon, entre el Flore y el Old Navy, se encontraba como en su casa. Los camareros que le servían al mediodía su parca comida (huevos al plato y vino blanco) apreciaban su extraordinaria cortesía de niño bien educado. Adamov no olvidó nunca sus orígenes de millonario ruso, educado en palacios suizos por padres que tenían fobia a los microbios y que hacían desinfectar todo lo que su hijo tocaba.

La revolución de Octubre, que arruinó a su familia, fue para él la promesa de una liberación. La consiguió cuando, durante la adolescencia, comenzó a frecuentar los medios surrealistas. Cuando publicó su primer libro, «L'Aveu», una confesión lírica y delirante, sadomasoquista y provocadora hasta el exceso, se situaba en la línea de los escritos de Georges Bataille, del que desde tiempo era amigo.

En 1950, su primera obra («L'Invasion»), montada por Jean Vilar, gracias a un grupo de amigos, le convirtió en el primer autor de una nueva vanguardia. Reconocido por el nuevo público —en el que curiosamente se encontraba Jean Anouilh—, y sin cam-

biar para nada sus hábitos de bohemia extática, Adamov hizo su nueva entrada, pasados los cuarenta años, en la vida. No se había apagado su rebelión. Del universo de Strindberg y Kafka, bajo la influencia preponderante de Brecht (una vez revelado en 1956 el Berliner Ensemble) pasó insensiblemente con «Paolo Paoli» (una de las primeras puestas en escena de Roger Planchon) al teatro comprometido. Adamov se encontró, no sin desconfianza, junto a los comunistas.

La última obra que escribió, y que aparecerá pronto, vuelve a la psicología según Strindberg, su Dios.

Entre tanto, la enfermedad se había apoderado de él y con una acritud que no le dejaba respirar. No se rebela impunemente contra el orden del mundo. La vida de Adamov fue una larga lucha contra la miseria. Aparte de su teatro y de la pasión que tenía por sus obras, realizaba trabajos duros, mal remunerados, para la radio. Aquí adaptó a Flaubert, y, a pesar de los numerosos amigos que tenía, y que le eran absolutamente devotos, era un hombre aniquilado, agotado, que terminó por preferir la muerte a una lenta degradación de su ser.

Está de moda unir al nombre de Marx la frase «cambiar el mundo» y al de Rimbaud «cambiar la vida». Adamov ha muerto el día en que supo que no podría ya satisfacer esta doble exigencia de la que unos hablan y de la que otros, como él, viven. ■ GUY DUMUR.



PEDRO GINFERRER

Visión rápida de un poeta, a través del cuestionario Marcel Proust y del breve comentario de cuatro frases célebres sobre poesía.

¿La flor que prefiero?: La rosa.

¿El pájaro que prefiero?: Entiendo poco de pájaros.

¿Mis autores preferidos en prosa?: Actualmente, Proust, Henry James, Cervantes, Faulkner.

¿Mis poetas preferidos?: Ezra Pound, Saint John Perse, T. S. Elliot, Lautréamont, Lorca, Alejandro, W. Stevens.

¿Mis héroes de ficción?: El mito Humphrey Bogart como personaje cinematográfico.

¿Mis heroínas favoritas de ficción?: Los mitos Marilyn Monroe, Greta Garbo o Harlow.

¿Mis compositores preferidos?: Bach, El «jazz» y en éste, a John Coltrane.

¿Mis pintores predilectos?: Vermeer.

¿Mis héroes de la vida real?: Los que despiertan mi amistad, mi admiración o mi respeto.

¿Mis heroínas históricas?: Las que han reunido estas condiciones en el pasado.

¿Mis nombres favoritos?: Susana y Rosaura, aunque no he conocido a nadie con estos nombres; supongo se deberá a oscuras razones estéticas.

¿Qué detesto más que nada?: La estupidez.

¿Qué caracteres históricos desprecio más?: Los que encarnan la mediocridad en el poder.

¿Qué hecho militar admiro más?: Los encamionados a oponerse espontáneamente a la injusticia.

¿Qué dones naturales quisiera tener?: Me conformaría con sacar el máximo partido de los que pueda tener ahora.

¿Cómo me gustaría morir?: Me gustaría poder prever mi muerte con tiempo.

¿Estado presente de mi espíritu?: Expectación, evolución.

¿Qué hechos me inspiran más indulgencia?: Los inspirados por la debilidad o el amor.

¿Mi lema?: No tengo.

¿El principal rasgo de mi carácter?: El deseo de afirmarme y ser feliz.

¿La cualidad que deseo en un hombre?: Inteligencia.

¿La cualidad que prefiero en un mujer?: Inteligencia, capacidad de ternura.

¿Lo que más aprecio en mis amigos?: Inteligencia y lealtad.

¿Mi principal defecto?: Quizá la timidez o la tendencia a hacer cálculos sobre las situaciones.

¿Mi ocupación preferida?: Leer, ver cine, escribir y conversar.

¿Mi sueño de dicha?: Felicidad personal y éxito profesional.

¿Cuál sería mi mayor desgracia?: En lo físico, la ceguera; en lo moral, la soledad.

¿Qué quisiera ser?: Lo que soy, en las condiciones de felicidad personal y éxito profesional que he aludido.

¿Dónde desearía vivir?: Tiendo a quedarme donde estoy.

¿Qué color prefiero?: En poesía, azul y plateado; en la vida, el amarillo y quizá el verde.

* * *

1 "La poesía es más profunda y más filosófica que la historia". Aristóteles.
P. G.: El concepto aristotélico es distinto que el actual acerca de la historia. Poesía e Historia coinciden en zonas distintas de la realidad.

2 "Dicen que me vuelvo niño; sera cierto, puesto que hago versos". Miguel Angel.
P. G.: La sensibilidad del poeta, como la del pintor, puede tener, en efecto, algo que ver con la sensibilidad infantil. Puede servir hasta de aserto, por ejemplo, el estudio de Freud sobre Leonardo de Vinci, o en crítica literaria el de T. S. Elliot sobre Edgar Allan Poe.

3 "Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta". Góngora.
P. G.: La mayoría de los locos no escriben poesía y la mayoría de los poetas no están locos.

4 "O es muy fácil ser poeta o es imposible". Benavente.
P. G.: Esto es cierto en cuanto al inicio de la actividad poética, pero continuarla es lo más difícil, y nada es tan difícil para un poeta que envejecer sin perder la calidad poética. ■ MARGARITA RIVIERE.

país está en ruinas —mejor dicho, está en liquidación— y que el futuro, más o menos hipotético, no es capaz de absorber a ese pasado en su beneficio. Lo cual está determinando que todas las huellas del pasado sean liquidadas, si no es que, mucho más sencillamente, sean abandonadas o destruidas.

Lo grave del problema es que llegará un día, en un futuro no muy lejano, en que comprendamos que esas huellas de nuestro pasado son necesarias, material y absolutamente necesarias, para construir nuestro presente y nuestro porvenir, pero cuando llegue ese día ya no quedará nada o casi nada: todo habrá sido enajenado, vendido, destruido o abandonado...

Ya sé que hay remedios ortopédicos de urgencia para remediar esto. La ley de protección al patrimonio artístico, por ejemplo, y, mucho más recientemente la llamada «Operación rescates». (Ahora, en España, todos los «nove-dosos» que se inventan una mojiganga novedosa y publicitaria la llaman «Operación tal y cual».) Pues bien, ambas cosas son, por lo menos, insuficientes. La primera, la ley de protección a nuestro patrimonio artístico, porque no es más que una ley-traba, porque no sabe decirnos más que lo que no debemos hacer con la obra de arte, pero de ninguna manera qué es lo que tenemos que hacer con ella. Lo segundo, la «Operación rescate» porque, si bien es capaz de crear un clima casi deportivo para sacar a la luz muchas cosas de cada uno de nuestros rincones, deja a toda esa actividad demasiado confiada al azar y a la falta de disciplina científica. Con todo, mientras no existan otras leyes, debemos apoyar a las ya existentes. Demasiadas cosas se filtran, a pesar de todo, para que, además, le impon-gamos trabas a esa traba. Pero esa ley, a lo que parece, nos defiende sólo del despojo de obras egregias y museales y no le impone casi ninguna traba a los pequeños objetos, a los muebles, a los elementos de uso doméstico, etcétera. Con lo cual, y llevando las cosas al absurdo, podría ocurrir un día que este país no tuviese más huellas de su pasado que sus iglesias desnudas y los cuadros y esculturas

de sus museos, pero le faltaría la huella complementaria de todos los objetos que complementaban esa ambientación. Que alguien investigue, por ejemplo, lo que se exporta permanentemente en muebles y objetos viejos con destino al anticuario europeo y se comprenderá el volumen de ese despojo.

De todas maneras, insisto, las leyes restrictivas en este orden no son más que procedimientos ortopédicos de pura negación. Había que hacer leyes contrarias a ésa, leyes de pura afirmación.

Yo tengo un ejemplo alentador y magnífico de lo que se puede hacer frente a eso: el ejemplo de Covarrubias.

Este cura, por ejemplo

Este cura es don Rufino Vargas Blanco, capellán —tiene otras dignidades eclesiásticas que a mí se me escapan— de la magnífica Colegiata de Covarrubias, en Burgos. Si don Rufino hubiera sido un cura adocenado, hubiera conservado, sí, el magnífico tríptico hispano-flamenco que es gala y ornato de su Colegiata, pero poco a poco hubiera dejado ir escapándose toda la serie «menor» de tablas magníficas —algunas pueden ser de Berruguete—, de libros, de ropajes litúrgicos, etcétera, que atesora la iglesia. Lejos de ello, don Rufino no sólo atesoró todo lo que estaba disperso por la iglesia, sino que, además, buscó por rincones increíbles —por los huecos que quedaban entre el artesonado y el techo propiamente dicho— y encontró obras verdaderamente esplendorosas. Con todo ello, y creo que con una parca asignación inicial de no sé bien qué prócer benéfico, inició un museo diocesano que hoy es verdaderamente ejemplar. Además, don Rufino no se limitó a eso. Se dedicó a investigar en la vetusta historia de Covarrubias y su Colegiata y, por ejemplo, sacó a la luz la historia de esa princesa noruega que está enterrada en el claustro. Algún día haré el reportaje con la historia de las aportaciones de este cura ejemplar a la cultura española. Mientras